EL QUE NO CONOCE A DIOS, DONDE QUIERA SE ANDA HINCANDO

Domingo 2º, de Pascua 2014

Cuando ustedes estén leyendo mi mensaje, ya Juan XXIII y Juan Pablo II habrán estado desde el balcón del cielo contemplando como el Papa Francisco los declaraba santos, dignos de respeto y de veneración. Nos alegramos con la presencia de tan grandes y tan sonrientes señores en el calendario de la Iglesia. Les debemos mucho y ellos seguirán sonriendo, invitándonos a la alegría sencilla, a la fe y a la confianza en Cristo Jesús.

Este domingo es el segundo de Pascua, que elegantemente el ahora San Juan Pablo II quiso que se llamara el Domingo de la Divina Misericordia, pero que será celebrado por los cristianos, como el domingo del Apóstol Tomás, que de alguna manera es el protagonista de este domingo. Pero no permitamos que Tomás nos aparte de los muchos regalos que Cristo nos trae en esta Pascua y en este domingo. Ciertamente Tomás es la gran figura. Cuando los niños o los muchachos quieren hacer repelar a los papás que los quieren entrañablemente, nomás fingen indiferencia o frialdad ante ellos, y los papás ponen el grito en el cielo. Cristo no cayó en la trampa. Conocía de sobra a Tomás que con mucha valentía había dicho: "Vayamos también nosotros a morir con el Maestro", y por eso lejos de enojarse con la rabieta de Tomás, simplemente se le mostró como hombre, ya resucitado, para que Tomás pudiera acercarse a las llagas del Maestro y satisfacer su curiosidad, ya que no había confiado en el testimonio de la comunidad que le manifestaba su gozo por haber estado con el Cristo resucitado. Pero Tomás nos dejó entre otras cosas, la alegría de poder entrar en contacto con Cristo sin haberlo visto como él tuvo oportunidad en su día, y nos dejó la primera profesión de fe en Cristo Jesús Hijo de Dios, "Señor mío y Dios mío", una profesión de fe, chiquita, pero de rodillas, como debe ser nuestro caminar en Cristo Jesús.

Y vayamos así a los regalos de Cristo Jesús en el día su resurrección.

Primero. La paz. Apóstoles encerrados, miedosos y cobardes, tienen ahora el gran trofeo de Cristo: la paz para sus corazones, la paz con el Buen Padre Dios y la paz para que se haga una realidad entre los hombres, fruto del encuentro con Cristo Jesús y con su muerte. Ya no puede haber guerras, ni muerte, ni atentados, ni secuestros porque Cristo ya ha pagado nuestro rescate.

Segundo. Ante las llagas de Cristo y el reconocimiento de su persona como el mismo que los había llamado en su seguimiento, viene sobre ellos una alegría indescriptible, tan necesaria en estos días en que a los hombres les cuesta alegrarse y sonreír como si la manera natural de ellos fuera el ser hoscos, hurraños y enemigos de un Dios que captan como enemigo de sus propios derechos. Un Dios que se alegran en negar aunque él los esté viendo.

Tercero. “Como el Padre me envió, así los envío yo”. Es el mandato misionero, tan importante hoy, porque contentos con las tres viejitas, los dos viejitos y el devoto perro que son los participantes de nuestras celebraciones católicas, nos olvidamos que nuestro cometido no son las gentes que ya están dentro de la Iglesia, sino muchas gentes, incontables gentes que aún no conocen la luz de la fe y caminan en tinieblas y en sombra de muerte. A todas esas gentes la Iglesia está invitada a salir a su encuentro para llevarlos a Jesús. Traicionaríamos a Cristo si nos contentáramos con los que ya están dentro.

Cuarto. Como si fuera poco lo anterior, a Iglesia tiene sobre sí el don del Espíritu Santo no como un adorno más, sino para dejarnos otro gran tesoro, el perdón de los pecados en ese admirable sacramento que en estos días estamos redescubriendo, no como la cámara de tortura que el Papa Francisco ha mencionado, sino como la gran alegría del sacerdote que puede levantar su mano y mandar con profunda alegría al cristiano que siente el gran poder de Dios y su gran misericordia en el perdón que se le concede. Bendita la Iglesia que tiene en sí este don maravilloso del perdón para el hombre arrepentido de sus miserias.

¿Verdad que el domingo de Tomás tiene cosas maravillosas de las cuáles tenemos que darle gracias a Dios?

El Padre Alberto Ramírez Mozqueda espera sus comentarios en alberami@prodigy.net.mx